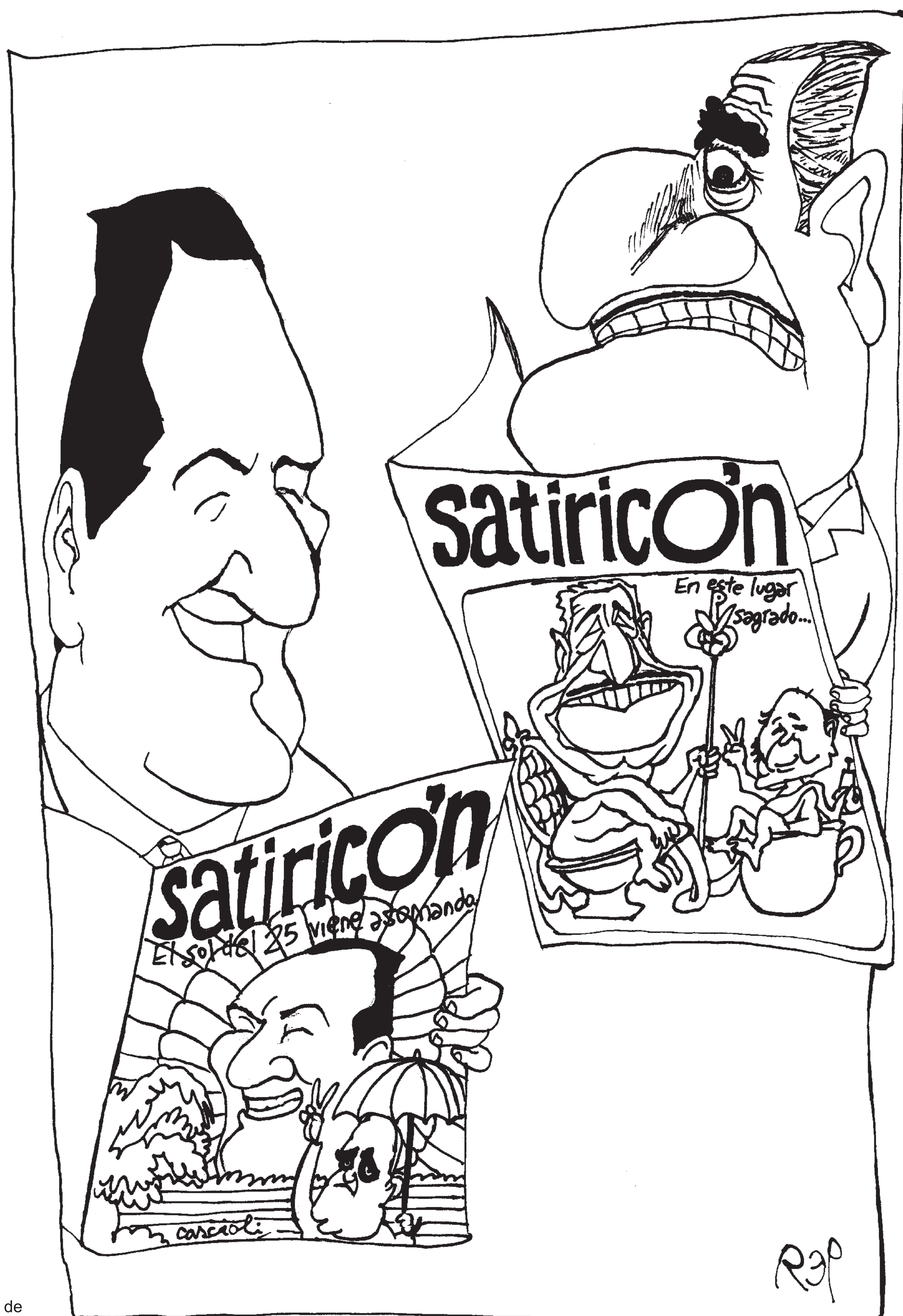
Peronismo

José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

79 **La primavera camporista (III)**



Suplemento especial de
Página|12

EL GENERAL SE DUERME

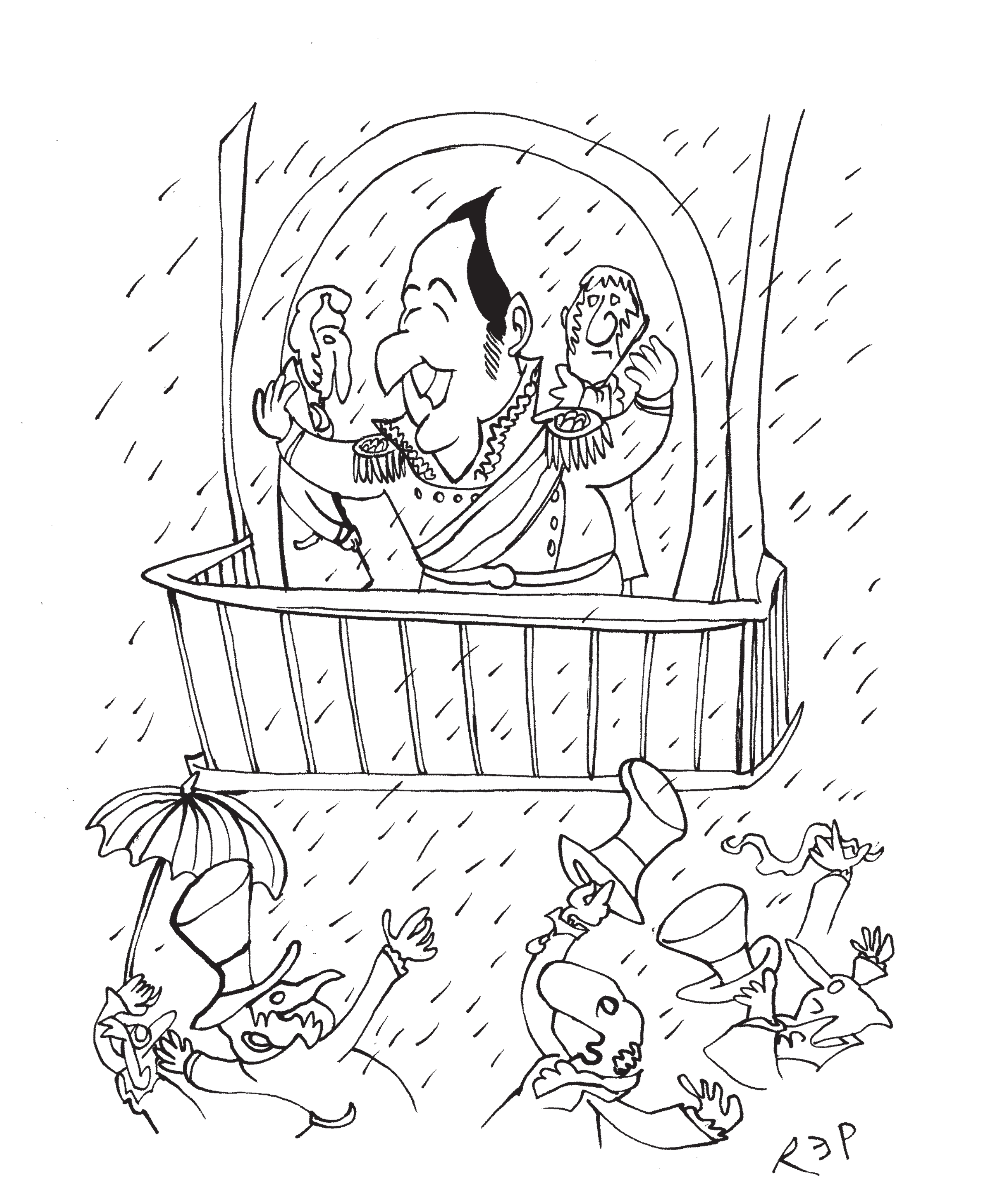
Empecemos con un flashback. Total, ya nos acostumbramos a ellos. La historia va, la historia quedó atrás, la historia sigue, pero ¿hay un atrás, un adelante, un presente perfecto, sólido? ¿Podemos decir este presente *es* el presente? No bien lo decimos ya no lo es. Volvemos a otro momento. Es febrero del súper-año 1973. Perón acaba de viajar a una clínica de Barcelona atendida por el doctor Puigvert, que le conoce las nanas. Esas nanas hundirán –en poco tiempo– al país en la catástrofe. Por ahora son todas tratables, curables y no impiden que el general se dé el lujo de pensar en el gobierno, en su tercer gobierno, en su uniforme de teniente general, en todos los honores que se le deben luego de tantas difamaciones, infamias. El doctor Puigvert, prolijamente, le extirpa unos pólipos obstinados que no sólo parecieran estorbar al hombre que debe retornar a la patria sino, sobre todo, a la patria misma, que tanto lo requiere. Perón regresa a Madrid, donde lo espera uno de los hombres por el que más estima profesa: el secretario general del Movimiento Nacional Justicialista, Juan Manuel Abal Medina. Le tengo mucha estima a Juan Abal padre. Creo que ya lo dije. Lo veo en su estudio de Córdoba y Carlos Pellegrini, un lugar exquisito que proviene de la herencia familiar. Juan Abal (p.) habla rápido, piensa rápido. Tiene una sonrisa invencible. En Coronel Díaz y Santa Fe, en el bar Tolón, me reúno –para juntar datos fehacientes para mi novela *Timote*– con un ex integrante de Montoneros, que lo conoce desde hace muchos años y también lo trató durante el exilio, y nos deslizamos, casi sin darnos cuenta, a la modalidad con que Juan Abal (p.) habla el idioma castellano. ¿Cómo decirlo? Habla como hablaría un cajetilla. Hoy, trabaja de abogado y divide sus tareas entre Argentina, México y probablemente otros países. ¿De dónde ha surgido esa modulación *clase alta* que no puede sino caer entre extraña o simpática en un tipo como él? No lo sé. Tampoco lo sabía el ex militante con el que hablé en la Tolón y que tantos buenos y generosos datos me diera. (Lo que revela que *Timote*, pese a su narrador conjetural y a mis desdenes por la verosimilitud, no ha sido ajena a un trabajo de investigación, sobre todo a ese que se realiza con personajes cercanos a los hechos y que tienen la gentileza –que siempre voy a agradecer– de haberlos compartido con uno, ya que a otros los han mandado a la mismísima, porque, sabiamente, les descubrieron la mala leche de los aventureros, de los explotadores de temas que no merecen, que no vivieron, que no entenderán nunca, que habrán de abordar desde los prejuicios y hasta desde el odio.) Pero fue él quien planteó el tema: "¿Viste cómo habla Juan Manuel?", preguntó de golpe. Sí, nos pareció divertido, porque –aunque pueda parecer que no– le cierra sin cortocircuitos a su imagen actual: la de un hombre de negocios internacionales. Ahora bien, el ex militante –que acumula datos de oro para mí– pregunta algo muy atinado: "¿Hablaría así cuando negociaba con Rucci?". Difícil. A Rucci no le habría caído bien y Juan Manuel (papá) trabó una relación valiosa con el capo de la CGT que utilizó –como todo lo que pudo– para mantener la paz dentro del movimiento. Estamos otra vez en Madrid. Perón viene de una operación y está bastante cansado. Frente a él, el joven doctor Juan Manuel Abal Medina le informa sobre la situación del movimiento, del régimen, de la militancia, de los partidos políticos, de las formaciones especiales, etc. De pronto, levanta la mirada y la clava en la cara del general. Perón dormía. "No lo podía creer", me dice. Está contra un gran ventanal que da sobre la avenida Córdoba. Serán las 18.30 de un día de ese mes de enero de 2009. Se queda pensativo. Está flaco, fibroso, el pelo blanco y tiene muchas pequeñas arrugas en la cara. "El general se había dormido. Yo le informaba cosas fundamentales, decisivas, que él tenía que saber, que tenía que saberlas para poder actuar, decidir, mandar, conducir. Y no: el general se duerme. Como un anciano en un geriátrico. Como un viejito cualquiera de cualquier clase, condición o jerarquía. Se duerme como..." Aprieta la boca. Otra vez se queda en silencio. "Como si no fuera Perón", aventuro. "¡Por supuesto!", dice. "Como si no fuera el general. ¿Cómo se va a dormir el general? ¿Qué va a ser del país si él se duerme?" Juan Abal (padre) jamás le dice Perón a Perón. Siempre: "El general". Se nota que le quedó el modismo del trato frecuente que tuvo con él. Y también porque probablemente no pueda decirle de otro modo. Me cuenta luego algunas cosas que ya ha dicho en algunos medios públicos (ver: Galasso, *ob. cit.*, p. 1161). Que ese desgaste entregó al "general" a las manos de López Rega, quien, al ya poseer a Isabel, poseía ahora todo el poder en Puerta de Hierro. A mayor decadencia física del "general" mayor aumento del poder de Lopecito. Esta punta "existencial" habrá de ser muy utilizada para explicar-comprender-justificar las constantes cesiones de poder que Perón lleva a cabo con López Rega. Sólo en él pareciera confiar. ¿Así habrá que estudiar esta tragedia? ¿Con los secretos herméticos, esotéricos, de puertas cerradas entre ese anciano, ese mujer ínfima y de mala fibra y ese brujo inextricable, que salió de la nada para quedarse con todo?

LOS "ENTES CALIFICADORES" CONTRA LAS TETAS

Ahora volvemos a la plaza del 25. El discurso de Cámpora dedica –no es sólo el único– un apasionado homenaje a la juventud y, de paso, justifica su violencia: "Y en los momentos decisivos, una juventud maravillosa, supo responder a la violencia con la violencia y oponerse, con la decisión y el coraje de las grandes epopeyas nacionales, a la pasión ciega y enfermiza de una oligarquía delirante.

"Por eso, la sangre que fue derramada, los agravios que se hicieron a la carne y al espíritu, el escarnio de que fueron objeto los justos no serán negociados" (Cfr.: Bonasso, *ob. cit.*, p. 624). Se trataba ahora del momento fundamental de liberar a los combatientes. Había dos consignas que estaban en pie: *Ni un día de gobierno peronista con presos políticos* y *Cámpora presidente/ libertad a los combatientes*. Los radicales apoyaban. Casi toda la clase política lo hacía. "Troccoli le aseguró (a Righi, J.P.F.) que los radicales le darían luz verde, 'No te preocupes –le dijo el jefe de la bancada radical–, vamos a generar un país cero kilómetro" (Bonasso, *ob. cit.*, p. 618). La frase de Tróccoli recogía el espíritu del momento: empezar de nuevo, dar una oportunidad a los que habían elegido la violencia para combatir dictaduras ilegítimas, represivas, inconstitucionales. Una nueva oportunidad para todos. Ahora había que dejar las armas y empezar a trabajar en paz por la democracia del país. Se tenía a favor un formidable apoyo de masas y el regreso de un líder al que esas masas adherían; hasta, incluso, amaban. Porque era a él, a Perón, a quien esperaban los pobres. Todavía latían en ellos los versos humildes de Zoila Laguna: "¡Perón!/ Y asunto arreglao". No iba a ser tan sencillo esta vez.

Cámpora –en el Congreso– tuvo momentos brillantes. No sólo se limitó a elogiar a la juventud maravillosa. También supo enumerar todas las desgracias del país en esos años de obstinada ilegalidad. Dijo (con una dicción perfecta, esmerada, con unos dientes brillantes e ineludibles, porque el Tío tenía los dientes que merece tener un buen dentista): "La Argentina se ha convertido en un campo de saqueo de los intereses extranjeros. Mientras avanzan la concentración de la riqueza, la desnacionalización de la economía y el endeudamiento, *la participación de los asalariados en el ingreso nacional disminuía drásticamente*. Se pasó progresivamente a una situación de desempleo. El 22 por ciento de la población carece de vivienda. La mortalidad infantil es cuatro veces superior a la de los países desarrollados. Más de 200.000 niños no tienen acceso a la escuela, y el índice de deserción supera el 50 por ciento en el ciclo primario (...), el 57 por ciento en la enseñanza media y alrededor del 70 por ciento en la Universidad. Hemos perdido nuestra ubicación entre las naciones más avanzadas y ricas del mundo para asistir al progreso de otras. En 1950, tomando como indicador la renta per cápita, la Argentina ocupaba el decimoquinto lugar y en 1969 habíamos retrocedido al vigesimosexto. Es que en realidad *el régimen se ha sustentado sobre la degradación material y cultural de nuestro pueblo. El régimen jugó todas sus cartas.* Cuando pudo proscribir, proscribió. Cuando pudo anular las elecciones, las anuló. Cuando pudo impedirlas, las impidió. *Esta es la verdadera y única razón de la violencia de los argentinos*" (Bonasso, *ob. cit.*, p. 626. Todas las cursivas me pertenecen.) ¿Qué dirá la derecha cuando lee un texto tan *verdadero*? Nada. Ante todo: ¿quién lo dice? Un lacayo de un general degradado. Un hombre que ya era un pelele de la subversión. Bueno, lo que quieran. Pero, ¿tiene o no tiene razón? ¿Es o no cierto lo que dice? ¿Qué dirán los que hablan de los dos demonios? La violencia argentina tiene un solo demonio: el que se inicia el día del bombardeo de 1955, se consolida el 16 de septiembre de 1955 y dicta su *Constitución* al dictar el Decreto 4161 por el cual se instituye la Argentina proscriptiva, la democracia ilegal, el país amordazado, la censura, la prohibición de los libros sin los cuales no podíamos pensar, la tortura, los tipos como el censor Ramiro de la Fuente, los "Entes Calificadores" formados por señoras idiotas de la Acción Católica, por sacerdotes y por críticos pedantes y de mala memoria como Jaime Potenze, las elites soberbias, los intelectuales "progresistas" como Sabato, los cavernícolas satíricos como Borges, la revista *Sur*, el macartismo de Victoria Ocampo, la estúpida vanidad de proclamar a Buenos Aires como la ciudad que descubrió a Bergman y a la vez éramos la imbécil ciudad que cortaba a tijeretazos inquisitoriales los films del genio sueco. *El silencio* se estrenó y la prohibieron... ¡para menores de 21 años! De *La fuente de la doncella* cortaron la escena de la violación. Y no eran sólo los censores, no. Eran también los críticos. No digo los maestros como Calki o Tomás Eloy o Alsina Thevenet. ¡Todos los demás! Veían pornografía por todas partes. ¡Carajo, qué asco fue vivir bajo ese país! Todo era habitado por la enfermedad. Tenían el alma podrida y veían podredumbre en todas partes. El pueblo era podredumbre. Lo intelectual era sospechoso: contrabandeaba podredumbre. Como Bergman, Malle, Chabrol, Truffaut. En *Disparen sobre el pianista*, hermosa peli de Truffaut, hay una escena en que una francesa hermosa de comienzos de los '60 –Michelle Merciér– hace un strip-tease, se mete en la cama de Aznavour y, juguetona, le muestra su cuerpo, una obra de arte, una cumbre del erotismo. Tiempo después volví a verla: ¡la habían matado a Michelle Merciér! La habían hecho desaparecer. Fue en las películas donde empezaron a desaparecer los cuerpos. O de donde también desaparecían. Las tijeras de los censores trizaban el cuerpo de la Merciér. Después, los carniceros del Proceso trozaban los cuerpos de "las delincuentes subversivas". Una vez, el actor Cacho Espíndola me dijo: "¿La conocés a Fulana? Bueno, tenía una hermanita que militaba en un barrio. Una piba. Ni



veinte años tendría. La cortaron en pedazos y se la entregaron así". Si imagino al enfermo que –en la soledad de un cuarto fotográfico, a oscuras– analizó, tijera en mano, cada fotograma de la peli de Truffaut y, cuando la vio a Michelle, la cortó en pedazos, pienso inevitablemente en el carnicero del espacio concentracionario que descuartizó a la hermanita de la amiga de Cacho Espíndola. Todo es uno. Donde empiezan a cortar películas pronto empiezan a matar gente. *Esa fue la violencia*. Tiene razón Cámpora. Si tuvieran alguna decencia lo admitirían. Cito otra vez a Cámpora: "Es que en realidad *el régimen se ha sustentado sobre la degradación material y cultural de nuestro pueblo. El régimen jugó todas sus cartas.* Cuando pudo proscribir, proscribió. Cuando pudo anular las elecciones, las anuló. Cuando pudo impedirlas, las impidió. *Esta es la verdadera y única razón de la violencia de los argentinos*". No dejemos pasar esta precisión que hace el presidente electo: "La degradación material y cultural de nuestro pueblo". Un joven como yo lo era –y todos los que estudiaban filosofía durante esos años y leían y veían las películas de los grandes cineastas europeos– éramos sometidos a una degradación cultural. Supongo que no es arduo imaginar lo que siente un joven al advertir que no puede ver un film o que lo ve mutilado porque un grupo de enfermos católicos reaccionarios –viejas de mierda y viejos impotentes o fascistas chupacirios, almas puras que van a rezar el rosario muy temprano los domingos o algún hijo de un general o un profesor de algún colegio religioso– se lo impiden, deciden que no, que nadie puede ver eso, porque eso es obsceno, ofende al tradicional estilo de vida argentino, occidental y cristiano. ¿Qué siente? Impotencia y furia. ¿Qué sale de esto? ¿Qué sale de vivir años entre la impotencia y la furia?

Lo que haya salido duró poco. Desde el 25 de mayo de 1973 hasta el 13 de julio. *La primavera camporista duró exactamente 49 días.*

EL "DEVOTAZO"

El *Devotazo* sucede al caer la tarde. Hacia la cárcel convergen cerca de 40.000 militantes. Hay una presión sobre la decisión legislativa. Si bien nadie duda de su cumplimiento la urgencia es mucha y la de los presos aún mayor. Nadie quiere esperar. "También (escribe Bonasso) hizo su aparición un nuevo actor, que había estado ausente de los festejos 'bonapartistas' de la plaza mayor: el Ejército Revolucionario del Pueblo; el ERP sin aditamentos. Y, junto a los 'erpios', una constelación de pequeños partidos de izquierda, 'chinos' y 'trotskistas', varios de cuyos integrantes soñaban con tomar la Bastilla para pasar, después de la revolución 'democrático-burguesa', al asalto del Palacio de Invierno" (Bonasso, *ob. cit.*, p. 643. Todo este pasaje de la plaza del 25, la asunción de Cámpora y el Devotazo está muy bien narrado por Bonasso en *El presidente que no fue*. Algo que nos lleva a reiterar una pena y una petición. Es una lástima, Miguel, que no estés escribiendo. No ya la novela sobre el Conde de Montecristo –de la que con tanto entusiasmo me hablaste siempre– porque se te adelantaron Pablo Echarri y los suyos. Pero cualquier cosa que se te ocurra. Lo que sea, será bueno. Pocos tienen tu talento para escribir y ver la política. El libro sobre la ESMA y el del Tío Cámpora son imprescindibles. Alguien que estuvo en todos los lados en que estuviste, que sabe pensar la política, que sabe escribir con agilidad y no lo hace porque se deja ganar una vez más por la pasión política... ése debés ser vos, sin duda. No tengo derecho a reprocharte nada. Pero el reproche es un reconocimiento. ¿A cuántos pensás que les pido que escriban? ¿A cuántos se les puede pedir? O sea, no jodamos: te pido algo que no le pido casi a nadie. Al contrario, lo frecuente es que diga: "Flaco, o vos no naciste para la literatura o la literatura no nació para vos. Pero entre ustedes hay un desencuentro insoluble". Me pregunto si –en lugar de seguir poniendo toda la carne en el asador de la política, ¡y qué asador es ése!– no sería acaso más útil que plasmaras un par de libros más, que volvieras a **Página** donde se te extraña, que te sentaras frente a la compu, Miguel, como el escritor que sos. Por ahí estás ahora en medio de un gran proyecto político, no sé. Pero mirá: tendrá que ser *muy* bueno. De lo contrario, a casa y a escribir. Hacen falta los tipos inteligentes. Los que tienen argumentos. Los que saben polemizar. Los que saben crear. Y también: los que tienen tu sentido del humor. Un liberal que vos y yo conocemos (flor de tipo) me dijo una vez que te dijo: "Fulano me mataría a mí. Menganito te mataría a vos. Pero ni yo te mataría a vos ni vos me matarías a mí. Tenemos demasiado sentido del humor". Bueno, Miguel, dale que el tiempo pasa y lo que no escribís hoy no lo escribís más. Siempre es más tarde de lo que uno cree. Perdón por recordarlo, pero es así.) La cosa es que a las 10 de la noche había 50.000 personas en Devoto. "Ese 25 de mayo (dice Juan Manuel Abal Medina) todo se precipitó a un ritmo imposible. Sobre ese asunto yo le comenté al doctor Cámpora que veía difícil demorar las definiciones hasta el momento en que se aprobara la ley de amnistía, como estaba previsto. Me parecía un imposible político; era muy peligroso. Estábamos hablando de miles de presos por todo el país en una situación política terriblemente fluida. Y allí perdimos contacto con el doctor Cámpora durante las tres o cuatro horas siguientes porque el protocolo lo bloqueó. Teníamos la visita de muchos jefes de Estado extranjeros y había toda una secuencia de hechos a los que prestar atención. Entonces tuve que definirme ahí mismo, definir las cosas un poco por mi cuenta.

"Sabía que en Devoto este tema se vivía de una manera explosiva. Julio Mera (Figueroa, J.P.F.) estaba informándome, y me dijo que la situación era insostenible, que podía haber violencia en cualquier momento. Por ese motivo me fui hasta allí. Cuando llegué a Villa Devoto ya el problema se había extendido, porque había más de 300 presos comunes fuera de sus celdas y de sus zonas. Incluso muchos de ellos estaban bastante drogados y alcoholizados. Indudablemente que eso amenazaba convertirse en un desastre en el primer día de gobierno. Y allí realmente bajo mi responsabilidad, acompañado de tres diputados (Julio Mera, Santiago Díaz Ortiz y creo Diego Muñiz Barreto), ordené al director de la cárcel que abriera las puertas y soltara a la gente.

"Esto no tenía, obviamente, legalidad, pero sí teníamos poder político para hacerlo, y creo que en el momento con esa decisión se evitó un hecho más grave. Esto ha sido muy criticado después; pero no veo qué otra solución podría haber tenido la situación que se había creado. Se llegaba a la violencia en cualquier momento. Sobre todo porque había una columna del ERP, sumamente agresiva y armada, justo en la puerta del penal. En ese sentido esto no tenía otra solución. Pero, por otra parte, nosotros habíamos hecho una consigna de campaña aprobada por el general que decía: 'Ni un solo día de gobierno peronista con presos políticos'. Y bueno, debíamos cumplir.

"El doctor Cámpora actuó a la altura de las circunstancias. Podría haberse sentido molesto de que yo hubiera adoptado esa actitud. No hubo absolutamente nada de eso. Al contrario. En la noche, ya muy tarde, se instrumentó el indulto que firmó el Presidente, para que al día siguiente salieran los presos de las demás cárceles" (Testimonio de Juan Manuel Abal Medina sobre el llamado *Devotazo* tomado de Ernesto Jauretche, *No dejés que te la cuenten*, *ob. cit.*, ps. 192/193).

En Devoto se vive una fiesta que dura hasta el amanecer. En Rawson, la situación aún no está resuelta. Se festeja la inminente liberación. Se trata de un hecho del que nadie duda. "Salimos esta noche o rompemos el penal". Llegan los abogados Ortega Peña, Eduardo Luis Duhalde y Mario Hernández. Con ellos, los diputados Diego Muñiz Barreto, Carlos Kunkel, Nicolás Jiménez y Enrique Sversek, de la JP. Hay que liberar y llevar a la Capital a 166 detenidos, los que, por las dudas, hace rato que tomaron el penal sureño. Los suben a tres aviones privados. Despegan y en ellos se han pintado muchas leyendas. La más visible dice: "Gloria a los mártires de Trelew".

Llegan a Buenos Aires. Bajan. Periodistas con micrófonos corren hacia ellos. Aparece una piba en la pista. Es la novia de uno de los militantes liberados, un pendejo. Lo abraza, lo besa, llora. El periodista le acerca el micrófono. "¿Qué sentís en este momento?" El pibe se besa con la chica, que lo abraza con las dos manos por la cintura. "¿Qué querés decirle a la gente?", insiste el periodista. "¿A la gente?" "Sí." "Qué sé yo. ¡Viva Perón!", se ríe. La piba lo abraza con más fuerza y se van entre besos y abrazos, buscando recuperar el tiempo perdido.

¡ESCÁNDALO SUPREMO: SE FUGÓ FRANÇOIS CHIAPPE!

¡Ah, pero no va a faltar algún historiador del constitucionalismo liberal (este es el régimen que Halperin Donghi prefiere para el país, el que debió aplicar y no aplicó la "Revolución Libertadora", pero, señores: *¿quién lo aplicó?, ¿cuándo hubo constitucionalismo liberal en la Argentina?*, siempre el proyecto económico liberal se impuso al margen de la democracia, ¿a qué jugamos, otra vez las mentiras, las postulaciones sin fundamento alguno, quién demonios fue un constitucionalista liberal?), los radicales ultragorilas (el pequeño Gambini), los tipos misteriosos, los servicios de Menem (como ese Tata Yofre, que Felipe Pigna me dice que no es tan peligroso como yo lo imagino, pero, a mí, la verdad, "me da cosa" como dicen los pibes o lo decían en los noventa, "me da cosa como el Monstruo de la Laguna Negra, ¿entendés loco?") o los recalcitrantes de la Libertadora, que dirán: "¡Esa noche, entre la confusión de la apresurada y caótica amnistía del gobierno subversivo del doctor Cámpora, esa pobre herramienta en manos de la Tendencia y la guerrilla, se escapó de Devoto...el siniestro François Chiappe" ¡Sí, François Chiappe! Nada había valido nada, todo había sido inútil, todo había sido manchado de sombras del mal, de oprobio, de la peor delincuencia porque, entre tantos militantes, se escapó ese tipo siniestro. Bonasso admite que el Fulano no carecía "precisamente" de antecedentes políticos. "Había sido confidente de la *Gestapo*, mercenario en el Congo y miembro de la Organisation de l'Armée Secrète (OAS). Condenado a muerte por su participación en la OAS, Chiappe logró fugarse a Montevideo y luego a la Argentina, donde entró con pasaporte uruguayo. Caso notable: la derecha oligárquica y la derecha peronista utilizan a Chiappe para agredir a Cámpora y a Righi. Quienes, de apresurados, de ingenuos, de malos y torpes e incapaces para gobernar que eran, habían liberado a ese monstruo. Pero, ¡es un asunto increíble! ¿Por qué los militares argentinos prescindían de un elemento tan valioso como Chiappe? Era un hombre para ellos. Un "para" francés. Un especialista en contrainsurgencia. Seguro que se rajó para Montevideo y Argentina porque se dijo: "Ahí me reciben como a un Rey Francés. Caramba, ¿o no soy un glorioso veterano que sabe torturar y enseñar ese difícil arte a cualquier oficial argentino o uruguayo apasionado por defender a su patria y a los valores de Occidente? ¿Cómo no voy a tener trabajo asegurado, paga de la buena, comida, vinos y hembras impúdicas y hermosas?" ¿Por qué no lo protegió López Aufranc? ¿Por qué no lo protegió Díaz Bessone? Es un enigma. Durante esos días estos dos generales argentinos trabajaban mano a mano con los franceses de Argelia. Ya analizaremos en detalle todo, absolutamente todo eso cuando nos ocupemos de lo que llamaremos *la serpiente*. Porque aquí –en tanto asumía Cámpora– no había "huevo de la serpiente". *La serpiente* estaba viva, lista, bien salida del cascarón, con sus enormes colmillos venenosos. Díaz Bessone –en el portentoso documental de Marie-Monique Rubin– dice más que todo lo que había dicho en sus editoriales del democrático diario *La Prensa*. Dice que lo primero que los franceses le enseñan es que el aparato de inteligencia de las fuerzas insurgentes es muy vasto. Que comprende: médicos, abogados, ingenieros, obreros, profesores, alumnos secundarios, universitarios, universidades, colegios. Que *están en todas partes*. Plano de López Aufranc: "Tuvimos que aprender todo eso. Pero con la sangre se aprende mucho", sonríe con una picardía elegante, de militar que forma parte de la nobleza británica. Era un hombre elegante. Díaz Bessone –creyendo que Marie-Monique Rubin está de su lado abre su, por decirle así, corazón– y confiesa: "¿Qué podíamos hacer? ¿Cómo le saca usted información a un prisionero si no lo aprieta un poco, si no lo tortura? Esa información hay que sacarla rápido. Otras vidas dependen de ella. ¿Cómo íbamos a ponerlos presos? ¡Por favor! Después venía un gobierno constitucional y los ponía otra vez libres y otra vez volvían a matar. ¿Y? No, había que fusilarlos. Nosotros teníamos que fusilar 7000 personas. Que no fueron más, vea. Fueron 7000. ¿Cómo los íbamos a fusilar a la luz del día? Franco había fusilado tres –¡nada más que tres!– y el mundo entero y hasta el Papa se le fueron encima. ¡Imagínese! ¡Y nosotros necesitábamos fusilar 7000! No podíamos hacerlo a la luz del día, obviamente". Esto es sólo una prueba. Esta *serpiente* estaba lista. Los franceses habían lle-

gado aquí en 1957. Hay una foto de Pedro Eugenio Aramburu en medio de una reunión con ellos. ¿Se entiende? Al aparato de contrainsurgencia francesa lo trajo la Libertadora. ¡Las cosas que hay que hacer para luchar contra los tiranos de la patria! Para impedir que la barbarie retorne al poder. Que los bárbaros, en su ignorancia, sigan adorando a los dictadores que los supieron envolver con su demagogia. Aunque no: no *exactamente* por eso vino la élite de la contrainsurgencia francesa. Esa visita revela que –desde entonces– la lucha contra el peronismo y la subversión marxista era la misma. El peronismo entrañaba el peligro de su condición de movimiento de masas. Todo movimiento de masas puede virar hacia el marxismo o ya está dentro de su estrategia mundial de dominación aunque utilice otro nombre. Las masas son siempre peligrosas. Tiene que controlarlas el aparato del Estado burgués capitalista o pueden salirse de madre. Los tipos de la OAS le habrán dicho a Aramburu:

–A usted no tiene que preocuparle quién es o qué piense Perón. Su peligro radica en el ascendiente que tiene sobre las masas. En cualquier momento, aun a su pesar, tendrá tal vez que seguirlas en operaciones subversivas, antidemocráticas y antioccidentales, para conservarlas. Si las masas deciden asaltar todas las fábricas y apropiárselas, el líder no las va a desautorizar, pues correría el riesgo de perderlas. El peligro que ustedes tienen es que esas masas peronistas –que, por su condición, son potencialmente marxistas y antioccidentales– se deslicen de la potencia al acto. Siempre van a estar a un paso. En suma, el peligro que ustedes enfrentan es el de Occidente. Igual, nosotros en Argelia. No se trata de una cuestión colonial. Podríamos perder una posición colonial. No podemos entregarle un país al marxismo. Pues es contra éste que estamos luchando. Esta guerra es nueva. Es la tercera guerra mundial y se libra en los territorios de los países marginales. Si le ceden el poder a Perón, si dan elecciones democráticas, lo cual sería lo mismo, le cederían el poder a un movimiento potencialmente marxista. Porque es un movimiento de masas. ¿Podrá Perón controlar a esas masas o su propio resentimiento hará que las arroje contra ustedes? No es un riesgo que puedan tomar. Traten de captarlas. Traten de captarlo a él. Y a los subversivos que se dicen peronistas, no les crean. Son marxistas. El marxismo internacional tiene distintos nombres. Pero una sola meta: derrotar a Occidente y al estilo político democrático. El modo de tratar a todo subversivo es –no bien se lo detiene– extraerle por completo la información que pueda brindar. Para esto, el único método es la tortura.

Así, Aramburu, en *Timote, secuestro y muerte del general Aramburu*, dice:

"–Vi demasiadas torturas. Bajo Perón. Bajo la Libertadora. Sobre todo, como imaginarán, a manos de la Marina. Bajo el *Conintes* de Frondizi. Y en otros países también. Pude llegar a algunas conclusiones (...). En 1959 estuve en Argelia. Durante una semana entera hablé con un general de la OAS. Él me enseñó todas esas teorías sobre la tortura. Tenía una opinión despiadada sobre el torturado: nunca debía quedar vivo. Después estuve en la Escuela de las Américas. Los franceses son superiores. Los yankis no manejan la cuestión psicológica. Masacran al objeto interrogable y listo. Creo, sin embargo, que son más efectivos que los franceses" (J.P.F., *Timote, secuestro y muerte del general Aramburu*, Buenos Aires, 2009, p. 72).

Volvamos a François Chiappe. Sólo es posible conjeturar que Lanusse –que era un sincero enemigo de los métodos de contrainsurgencia clandestinos– fuera el que lo tuviera detenido. Pero ese siniestro ex miembro de la Organisation de l'Armée Secrète (OAS) era pieza esencial para los Díaz Bessone, los Videla, los Ibérico Saint-Jean o los Bignone que estaban preparando la cuchilla para resolver de raíz (o sea, *matando a todos*) el problema de la patria subversiva. De modo que si se escapó y, haciéndolo, se puso al servicio de alguien, no habrá sido precisamente al de Cámpora o al de Abal Medina o al de Righi, a quienes, con gusto, habría despellejado con reflexiva lentitud.

Debemos extraer de aquí una cuestión conceptual importante. Esa izquierda "teórica", que ve "populismos" por todas partes, no entiende nada de estas cuestiones. Los inofensivos –para el imperialismo, para los que defendieron al Occidente cristiano y lo siguen defendiendo– nunca fueron los despectivamente calificados como movimientos populistas. (Al contrario: más bien se han despreocupado de las izquierdas académicas desbordantes de teorías pero incapaces de la más mínima movilización de masas. El penoso paisaje de una izquierda con buena formación teórica pero sin bases de ningún tipo es una constante a lo largo de toda nuestra historia.) Viejo tema (el del populismo) que Eric Hobsbawm trató en un libro que ya ha de tener 40 años, *Rebeldes primitivos*. De jovencito (en mis primeros trabajos para *Envido*, sobre todo el del Nº 6, de 1972, y luego en *El peronismo y la primacía de la política*, mi primer libro de 1974) me hice cargo de él y creí que dejaría aclaradas algunas cuestiones. No, el tiempo pasa y, en muchas cosas, pasa en vano. Seguimos con el estigma del populismo a cuestas. Que el populismo –por acudir al concepto de "pueblo"– tiene la perversa finalidad de ocultar la lucha de clases. Falso: todo populismo sabe que la liberación del "pueblo" tiene como condición de posibilidad la liberación nacional y (en un mismo movimiento político y temporal) la liberación social. Esto, los enemigos de la causa de los pueblos, lo saben bien. Siempre les importa el lugar que ocupan las masas. En América latina –o, fijemos la cuestión, en Argentina– las masas jamás han estado del bando de la izquierda. La izquierda argentina ha sido y es impotente para nuclear a las masas. No voy a analizar esto aquí. El resultado es que este hecho la torna inofensiva. ¿Qué peligro puede surgir de un partido con 1000 militantes y tres teóricos empachados por el *Manifiesto*, *El 18 Brumario*, un poco del capítulo 24 de *El Capital*, los obligados manuales entre darwinianos y biologistas de Engels, el *Qué hacer* de Lenin y uno que otro Trotsky? ¿Qué peligro puede surgir de un Club que se autodenomina "socialista" pero es apenas un esbozo de la socialdemocracia más timorata, aunque con lecturas de la Escuela de Frankfurt, de Raymond Williams, Claude Lévi-Strauss, Foucault, Deleuze y Guattari, Barthes, Lacan y hasta acaso Sloterdijk, que vive empeñada en una negación feroz de los signos y valores que las masas han elegido y en edificar una visión de la historia que reivindique a toda una pléyade de "pensadores socialistas", lectores dogmáticos de los maestros socialistas europeos, positivistas, justificadores de toda la visión capitalista-burguesa y oligárquica de nuestra historia, pero "desde la izquierda", santificadores del "proceso único, aunque lamentable" de atrocidades que jalonan esa historia y poseedores de cargos académicos a los que ambicionan más que a ese Palacio de Invierno que ni siquiera lograron olvidar (lo cual habría sido bueno para pensar un poco "en situación" los hechos del país) pero sí postergar por el calor de las becas del Imperio, los Congresos, los papers y todo ese barullo. Son adoradores del tecnocapitalismo. Ven en el despliegue de la razón instrumental el despliegue de la civilización. Aquí, en este país, en el que el tecnocapitalismo y la razón instrumental de Adorno y Horkheimer han hecho estragos, han aniquilado todo posible *sentido lateral* del triunfo del hombre en tanto *amo de lo ente*, estos malentendedores profesionales cantan loas al desarrollo que la oligarquía impuso en la Argentina. Y a los socialistas que –aunque adhiriendo a la Revolución Rusa– no dejaron de aplaudir todas las masacres que la élite técnica de la racionalidad instrumental llevó a cabo por estos lares. Es así como se ha llegado a considerar "socialistas" a Aníbal Ponce, a José Ingenieros, al joven Leopoldo Lugones (algo virado al anarquismo), a Héctor Agosti, a Rodolfo Ghioldi, a Alicia Moreau de Justo, a Alfredo Palacios, etc. ¡No eran populistas! El enemigo es el populismo. Porque ahí no hay teoría revolucionaria. No hay racionalidad. Hay carisma. Hay demagogia. Hay adhesión emocional. Hay valores rurales y no urbanos. Hay un montón de cosas. Pero sobre todo: ahí está el pueblo. Y lo que ahí no está ni nunca estuvo fue la izquierda argentina, lamentable, pobre, seca, desde siempre enferma por carencia de ilustración o por exceso. En ambos casos por creerse dueños de la teoría revolucionaria. Los burros, por burros. Los cultos, por cultos.

BREVES APUNTES METODOLÓGICOS

Un ejemplo perfecto de esta izquierda "revolucionaria" lo ofrece el ERP en un comunicado que emite con motivo de la llegada de Cámpora al gobierno. Lleva por nombre: "Por qué el Ejército Revolucionario del Pueblo no dejará de combatir". Lo hemos citado centenares de páginas atrás. No nos proponemos volver a analizarlo, sino sólo fijar el esquema de pensamiento de la llamada "izquierda" (en este caso la "izquierda armada") en la Argentina. La actitud del ERP en esa coyuntura fue ejemplar. Por decirlo así: la perfección ejemplar del Error. De un tipo de Error. Porque los errores y los horrores fueron muchos. Pero lo que hicieron los erpios fue lo que cualquier grupo habría hecho. Armado o no. El hecho de las armas no diferencia la decisión del ERP de cualquier otro grupo de izquierda. Si el ERP no estaba con Cámpora seguía matando gente, que es lo que distingue con claridad la política de los "fierros" de la política a secas. La otra izquierda –izquierda no armada– se manifestaba a través del disenso o de la crítica o del intento de "iluminar" a las bases para que salieran de su eterna enajenación peronista. El esquema (aclaro que aquí lo enuncio sólo en tanto "esquema"; luego, si aún es necesario, voy a desarrollarlo) es el siguiente: cuando asume un gobierno y se da una política gradualista porque –como habitualmente ocurre– ha detectado ciertas *resistencias*, digamos, poderosas, en la realidad *(todo lo que se le opone: el ejército, la Iglesia, el empresariado, la oligarquía, el imperialismo, etc.)*, cuando ese gobierno comprende y explica que comenzará por cambiar algo (este "algo" puede ser, dada la estructura de fuerzas, "mucho" y habitualmente es "demasiado" para los sectores de la derecha), la izquierda, de inmediato, casi como un reflejo condicionado, emite un comunicado por el cual manifiesta su repudio y profundo desacuerdo con ese gobierno pues, según ella, es necesario cambiar *todo*. Si se puede, no se lo plantea. Tampoco explica cómo es posible cambiar *todo. Pero es lo que hay que hacer: cambiar todo*. De esta manera conserva abrumadoramente su condición de *izquierda*. Nadie puede estar "a la izquierda" de quien pretende cambiarlo *todo*. Desde esa posición enunciativa, desde esa postulación totalizadora del cambio (que confirma su posición *revolucionaria*, nadie puede ser más revolucionario que alguien que propone cambiarlo *todo*), se ubica con enorme facilidad en el espacio del *cuestionamiento absoluto*. Es decir, *todo gobierno es reaccionario.* Todo gobierno es gatopardista. La izquierda vive de denunciar el gatopardismo. Porque todos, menos ella, intentan cambiar *algo* para que nada cambie. La izquierda postula lo contrario: si se cambia *algo* jamás cambiará la totalidad. Porque dirá –acaso en su momento de mayor lucidez– que sólo hay dos proyectos: 1) El proyecto de cambiarlo *todo*. 2) El proyecto de cambiar *algo*. Que esto tiene que estar decidido, enunciado y practicado desde el inicio. Tiene que estar presente desde el en-sí hegeliano. (El en-sí hegeliano tiene la característica de contener, precisamente, en-sí todo lo que luego habrá de desarrollarse; lo contiene en tanto *virtualidad*, palabra axial del pensar hegeliano que el maestro de Jena inventó antes que Bill Gates.) O se toma un gobierno con *esa* decisión o se condena todo proyecto a servir al régimen, ayudándolo a acompañar a los nuevos tiempos, a cambios menores que hay que realizar para no perderlo todo. El proyecto de la izquierda revolucionaria –por el contrario– es *totalizador*. Si para que nada cambie hay que cambiar algo, para cambiar *algo* –realmente "algo" y como punto de partida– tiene que existir previamente el proyecto y la decisión de cambiarlo *Todo. Sólo el proyecto de cambiarlo todo puede cambiarlo todo. Sólo el proyecto de cambiar la totalidad del sistema de producción capitalista puede cambiar a ese sistema*. Toda otra actitud contribuirá a su modernización, a su adecuación y a su permanencia.

Al desarrollar ese documento del ERP –que, básicamente, le dice a Cámpora que no lo va a matar a él ni a la gente de su gobierno, pero que continuará liquidando policías, empresarios y militares–, trataremos de ver los inconvenientes del esquema revolucionario totalizador. Hay un pleonasmo en esto. Si un esquema es *revolucionario* no puede sino ser *totalizador*. Aquí es donde radica la discusión: ¿se puede ser revolucionario sin emprender el cambio de la totalidad? ¿Se puede cambiar siempre la totalidad? Si no, ¿se está condenado al gatopardismo, al reformismo, a la condena iracunda de los verdaderos enemigos de la maldita totalidad?

Colaboración especial:
Virginia Feinmann - Germán Ferrari

PRÓXIMO DOMINGO
La primavera camporista (IV)